

## **Mi maestro Rafael Maya**

**Escribe: HUGO SALAZAR VALDES**

Físicamente parecía de la raza chorotega de Rubén Darío, no obstante que el maestro era del sur de Colombia, de ese lago de sabiduría de Popayán. Por eso los valores de su obra acusan tan individuales características: su acento, su introvisión, sus referencias, y sus modalidades, no son otra cosa que la absoluta identificación entre el poeta y el ambiente tranquilo y refrescante de su ciudad.

Alguna vez, al averiguarle por sus primeros escauceos, me respondió que habían sido los normales de cualquier individuo, pero que, siendo muy joven, tuvo que salir de Popayán, porque no resistía el influjo de Guillermo Valencia. El aludido era nadie menos que el poeta parnasiano que encarnó con más brillo el entusiasmo nacional, se adentró ruidosamente en América, y proyectó sus perfiles entre los muros de su villa.

Esta es la explicación de la ausencia de Rafael Maya, y la razón de haberse radicado definitivamente en Bogotá, donde lo halló la muerte. Con la llama de la inspiración, y su talento por demás afortunado, sus ambiciones debieron sentirse recortadas ante la figura de quien, sin quererlo, ensombrecía.

En la capital la vida del joven Rafael se orientó por exitosos caminos, y pronto se conocieron sus producciones, ante cuyas lecturas no fue lento el reconocer colectivo, pues se trataba de un poeta, de un extraordinario poeta, cuyo porvenir autorizaba imaginarlo en la línea de los mejores del idioma. Así ocurrió. "La vida en la sombra", "Coros del mediodía", y todos sus libros, hasta el regio y último, "El tiempo recobrado", le valieron al ilustre hombre su merecida reputación. Me refiero a su poesía, porque en la prosa, se mostró desde un principio consumado estilista. Su limpieza idiomática, su fluidez, el primor de las cláusulas, y la

profundidad de sus conceptos, fueron suficientes a demostrar que, en el arte del buen decir, había aparecido un nuevo artista. A reforzar esta opinión llegaron "Alabanzas del hombre y de la tierra", sus estudios de penetración psicológica sobre sus contemporáneos, sus análisis de la literatura colombiana, y sus pane-gíricos, como el del señor Suárez, tan rico en matices como atilado en sugerencias, y el espléndido de Rubén Darío, modelos de alta crítica literaria.

En 1948 me veía en Popayán haciendo pinitos en el periódico que orientaba Jaime Paredes Pardo. Por ese tiempo llegó de visita el maestro Rafael Maya, y un grupo de jóvenes fuimos a saludarlo. Queríamos oírlo, hablarle de poesía, conocer sus opiniones, y acercarnos un poco a su experiencia. Desde un principio exteriorizó su complacencia por nuestra visita. Nos sorprendieron, su desbordada sencillez, y su espíritu acogedor. Con él daba la sensación de estar hablando con un fraile franciscano. Con uno de esos hombres cuyos conocimientos de la naturaleza humana, les confiere tal grado de bondad, que parecen conocidos de siempre. Esa mañana hablamos del misterio de la poesía, y de su seriedad como oficio. Lo escuchamos con avidez. Disertó sobre el clasicismo, el romanticismo, el modernismo, mientras nosotros, anhelantes de establecer linderos y de distinguir el color de las últimas capillas, tomábamos notas. Terminó generoso en recomendaciones: Leer mucho. Repetir las lecturas. Razonar. No publicar todo lo que se escribe. Y menos, sin haberlo sometido a la fragua de la autocrítica. Se ocupó de la conveniencia del compañerismo literario. De los beneficios que reporta el hablar con gente culta. Del interés personal. Fue una hermosa lección del experimentado poeta, de quien conocíamos una falsa imagen, que ese día borramos complacidos.

Para 1953 me hallaba en Bogotá. Había dejado mi refugio en el barrio Bolívar y me había embarcado en la aventura de residir en la capital. Allá estaba el maestro. Bajo su égida conseguí un hueco en el presupuesto oficial, y me encargaron de la revista del Teatro Colón. Casi un año permanecí registrando el acontecer artístico de la vieja casona. A desempeñarme con acierto ayudaron la nobleza del historiador Guillermo Hernández de Alba; del maestro en asuntos musicales Otto de Greiff; del melómano y comentarista, Hernando Caro; del maestro (q.e.p.d) Andrés Pardo Tovar; del hoy crítico de literatura, Jaime Mejía, y de otros conocidos y amigos como Carmelina Soto, Félix Raffán,

Efraín Rojas, Constante Bolaños y Eduardo Santa, quienes contribuyeron con sus colaboraciones al interés de la revista.

Corría 1955. En la calle 24 con carrera 8ª funcionaba la Extensión Cultural Nacional con todas sus dependencias, y yo como secretario de la misma. En ese mismo local quedaba la dirección de la revista "Bolívar" en las buenas manos del maestro Maya. Igualmente funcionaban allí los departamentos de folclor, a cargo del poeta Helcías Martán Góngora; de bellas artes, que dirigía Héctor Rojas Herazo, y Fernando Arbeláez, quien había merecido el premio al mejor canto a la ciudad de Manizales, se hallaba al frente del Colón en jornada continua.

Para 1956 fue designado el maestro Rafael Maya, delegado de Colombia ante la UNESCO, en París. El nombramiento se debió a Lucio Pabón Núñez, "para rendirle al maestro el homenaje que se merece". Se fue con el compromiso de escribirnos. Cuando se le presentó la ocasión, empecé a recibir sus cartas. Me daba noticias de la vida intelectual parisiense. Informes pormenorizados que yo deseaba y que el amigo y maestro parecía adivinar. Por él supe de muchas curiosidades francesas. Conocí, en detalle, preciosos rincones de esa capital. Aspectos de la Embajada Colombiana. Retratos de mujeres. Descripciones de museos y templos religiosos. Casi llegué a aspirar los perfumes exquisitos que con su pluma maestra me dibujaba. Lugares de recreo, escapadas románticas, hechizos de la culinaria citadina, reuniones diplomáticas, todo me venía en las cartas escritas en papel de seda, de color azul claro, con el membrete de la UNESCO.

El 22 de febrero de ese mismo año me decía: "Al entrar aquí vi una montaña de papeles, y mi primer impulso fue regresar a Colombia, perfectamente aterrado. Ya estoy descongestionando el escritorio. Hay correspondencia en todos los idiomas del mundo. Ya puede usted imaginarse. Pues bien, le contaré que estoy contento, a pesar del frío. Hemos tenido temperatura de 15 grados bajo cero. Lo increíble. Cuando di mis primeros pasos sobre la nieve me sentía como un niño que aprende a caminar. Ahora soy un veterano. Hemos tenido unas cuantas heladas formidables. Hermoso espectáculo para un tropical. Naturalmente los apartamentos y las oficinas están calefaccionados muy bien. Lo grave es la calle. Sin embargo la reacción que produce esta temperatura polar es, en el fondo, agradable y saludable. Ni mi mujer, ni mis niños, ni yo hemos tenido el más leve resfriado. Al con-

trario, nos sentimos llenos de vida. Por otra parte, allí están esos vinos franceses, que curan todo mal del alma y del cuerpo. Vivimos en la Avenue Kléber, al frente de la UNESCO, y a pocos pasos del Arco del Triunfo y casi tocando la Tour Eiffel, las dos cosas más características de París. En una de las columnas del Arco del Triunfo está esculpido el formidable cuadro de Rude, titulado 'La Marsellesa', de modo que a cada rato, para animar a mis niños, les grito: *allons enfants*". En otro párrafo apunta, en rasgo casi desconocido de su parte: "Aquí en París no puede sacarle uno el cuerpo a su propia feúra; hay espejos por todas partes, por eso es la ciudad de las mujeres". Y qué sabroso narrador del vecindario intelectual en que se desenvolvía: "La UNESCO es un trabajadero muy agradable. Todos los colegas son gente culta y servicial, principalmente en el edificio llamado anexo, donde están instaladas las delegaciones. Muy cerca trabaja Carrera Andrade, el gran poeta ecuatoriano, con quien llevo cordiales relaciones; al lado me queda el profesor Carneiro, delegado del Brasil, y hombre de extraordinaria simpatía y vastísima cultura: cerca también está el gran historiador de Venezuela, Parra Pérez, la mayor autoridad en asuntos bolivarianos después de Lecuna; la delegada de México es la señorita Paula Alegría, magnífica e interesante persona, y así de los demás. Todos me han acogido como antiguo amigo y colega. Por otra parte, estoy introduciéndome, poco a poco, en el mundo intelectual y universitario, con ayuda del señor Jean Baillou, Director de Relaciones Culturales del Ministerio de Relaciones, y quien me escribió oficiosamente en ese sentido, apenas supo mi llegada. También estuve ya con mi amigo Claudio Couffon, el traductor de Lorca y de varios poetas hispanoamericanos, y persona de muchas relaciones en París, pues se trata de una de las personalidades jóvenes de la literatura francesa. Es un tipo cordial y entusiasta, muy amigo de los grandes escritores españoles, pues residió en la península durante varios años. Poco a poco me voy dando cuenta del movimiento intelectual de París. Los franceses son muy nacionalistas; no les interesa lo de afuera. Viven en su propio mundo y se alimentan de su propia sustancia. En las librerías de estos contornos no he visto más que novelas, género del cual existe una producción verdaderamente monstruosa. Estos literatos no hacen más que escribir novelas, y siempre sobre el mismo patrón. Siempre son los mismos: el inevitable Guitry, el inevitable Montherlant, el inevitable Duhamel, el inevitable Cendrars, el inevitable Romain, etc., etc. Sin embargo, ahora

llaman la atención las novelas norteamericanas, y algunas de ellas son imitadas aquí. También he visto alguna novela de Miguel Angel Asturias recientemente traducida por Miomandre. Hasta ahora no he encontrado libros de filósofos ni de ensayos, ni de historia, ni de crítica. Claro que no he tenido tiempo de ir al Barrio Latino, en parte por mis ocupaciones y en parte por el frío, pues me dicen que allá se hallan todos estos libros. Hay un gran movimiento teatral y cineasta, pero todo de piezas francesas. Aquí casi todos los intelectuales 'hacen' cine. Claro que estas apreciaciones son del momento, pues me falta conocer a fondo la vida espiritual de París. Lo que sí he advertido es que aquí los literatos mantienen cierta tradición más o menos clásica; los ismos o se acabaron o están en derrota. Hay uno que otro poeta surrealista, pero los más se acogen a lo tradicional. El culto por los grandes maestros del idioma es realmente conmovedor. Voltaire y Renán, por ejemplo, parecen de ayer. Aquí en religión y espíritu todos son volterianos, por lo menos en las capas superiores de la inteligencia, sin que falten, como usted lo sabe, grandes figuras representativas del pensamiento católico. Pero este es un pueblo laico, en lo general. Se vive todavía de la Enciclopedia y de la impiedad del siglo 18. Recientemente decía alguien, que no deja de ser fastidioso vivir en un pueblo donde todo el mundo se parece a Voltaire".

La gracia de las mujeres no pasó inadvertida para el maestro, sólo que, debido a discreción, gustó soterradamente la peligrosa golosina: "Mi secretaria una francesa gentilísima pero, desgraciadamente demasiado honorable, honnête, como ha trabajado bastante en la Delegación colombiana sabe perfectamente el castellano, y además dice lagarto, chirriao, poner bolas, poner pereque, cosas que, en boca de una parisiense, resultan patrióticamente conmovedoras". La ternura colombiana, a través de la evocación, regresa al espíritu del maestro que comenta: "Tiene la ciudad, como es lógico, aspectos muy nobles y hermosos. Los museos, las salas de música, los teatros serios, son únicos en el mundo. Las avenidas no tienen par. Las vistas que ofrece el río Sena, desde cualquier parte de los puentes, son inolvidables. Hay rincones encantadores. Ahora todos los árboles están en chamizas y no hay más seres vivientes que estas palomas de París, que se hallan por millones en todas partes, que invaden los edificios, las iglesias, los monumentos y a las cuales la gente da de comer en las plazas y en las calles. ¡Pobrecitas! Merecen un poema de

Anita Díaz o una crónica de Marzia de Lusignan. Qué bellos versos hubiera hecho a propósito de ellas, Eduardo Carranza. No sé por qué pienso tanto en Eduardo cuando las veo, dándose el pico, en cualquier cornisa. Realizan el ideal artístico de las tarjetas postales. Como es apenas natural todos nosotros, como las heroínas de D'Annunzio, nos pasamos el tiempo diciendo: cuándo vendrá la primavera, con el sólo objeto de que se vayan las palomas y venga otra clase de pájaros. Pero yo mismo empiezo a aterrarme de mi afluencia epistolar. Es un verdadero deshielo literario. Suspendo por pura pena, mi querido Hugo. Su nombre aquí figura en muchas calles, pero desgraciadamente lo antecede la palabra Víctor. Recuerdos y abrazos para los amigos, y aun para los enemigos. Escríbame pronto, consérvese bueno y crea en mi amistad y en mi sincero afecto". Rafael Maya.

Ahora el autor de estas líneas ha muerto. Las letras nacionales, y las del idioma español, se han puesto de luto. Se ha marchado el excelso poeta con su "Vida en la sombra", y sus "Coros del mediodía". Cómo duele que, por el aislamiento en que aún vivimos, la obra completa del ilustre panida no se conozca ampliamente en Hispanoamérica. El poeta y el prosista quedan allí, a la espera de una mente investigadora que recobre sus metales, y divulgue el tesoro de sus creaciones. Rafael Maya es una de las voces mayores del hemisferio americano.